

Desde la oración, que me da la fortaleza

Domingo XIX T.O. Mt. 14,22-23, 9 de agosto de 2020

El reino de Dios no viene solo, no cae de las nubes. El espíritu de Dios es el aliento que sopla desde dentro. Pero hay que dejarse inflamar por Él y ponerse al trabajo. Entonces viene el compromiso: “Dadles vosotros de comer”, nos decía el domingo pasado.

Y lo hicimos. Y nos llamaron “subversivo”, como decía el obispo Helder Cámara: “Cuando doy comida a los pobres, me llaman santo. Cuando pregunto por qué los pobres no tienen comida, me llaman comunista.”

No vamos a canonizar ya al papa Francisco, pero sí que es verdad que, cuando él ha denunciado la injusticia del sistema y nos ha llamado a una Iglesia “pobre y de los pobres”, han arreciado las protestas y los ataques. Eso es entrar en el mar del mundo que tenemos –no otro- y empezar a sentir la fuerza del viento y el oleaje. **Y entonces entran ganas de dejarlo todo para poder vivir en paz. Es cuando siento la necesidad de agarrarme a la mano de Jesús.** Es cuando siento la necesidad de orar, de entrar en comunión e intimidad con Jesús y pedirle su Espíritu, que es fuente de fe y de fortaleza y me ayuda a superar los miedos sin bajarme de la barca, pero con Él. No puedo vivir sin orar. Quiero aprender a orar para aprender a creer. Porque sé...

